

HORACIO QUIROGA
Dos muertes inéditas y un mito: los veranos fatales

Onelia Cardettini



“Dos muertes inéditas y un mito: los veranos fatales”

Onelia Cardettini

Era un día de semana cualquiera, en el pasado verano de 1988 cuando en el más completo anonimato, murió la última hija de Horacio Quiroga. El suicidio secreto de Pitoca fue celosamente resguardado durante casi un año. Así lo revela la investigación inédita que me llevó a descubrir la inquietante fatalidad de los veranos para la familia Quiroga.

Hay mitos que revelan sus misterios con parsimonia y rareza: “con efecto”, diría Horacio Quiroga. El cuentista uruguayo es uno de esos mitos. A más de cincuenta años de su muerte, todavía existen enigmas que de a poco se van descubriendo. Pese a la decena de biografías extensas y los varios centenares de artículos, semblanzas y críticas que se han escrito sobre el hombre y su obra, Quiroga nos sigue sorprendiendo con los secretos de su vida y el trágico signo de su herencia.

Tal vez mis hallazgos parecerán extraños a sus experimentados biógrafos y a los quiroguianos asiduos. A mí también me causó asombro el descubrimiento de dos muertes que no buscaba, cuando me cayeron encima sin pedir permiso. Al iniciar mi viaje por la senda de Quiroga de San Ignacio a Buenos Aires, pasando por Salto y Montevideo, ignoraba que dos muertes ocultas me aguardaban al inicio y al final de mi periplo. Las dos habían sido celosamente resguardadas.

Pitoca

Cuentan los escasos testigos que atardecía cuando una mujer entró en un hotel céntrico de la calle Maipú. Pidió un cuarto en un piso elevado.

Aunque viviera en la capital, se registró con domicilio en Misiones. Pagó por adelantado. Dejó su bolso en el cuarto. En el noveno piso, antes de salir nuevamente. Iba vestida completamente de blanco, con su pelo canoso sobre las espaldas.

Al regresar, pasada la medianoche, el bar estaba cerrado. Pidió que le llevaran arriba una cerveza y la pagó enseguida. Mientras la tomaba, se ató cuidadosamente el pelo. Al cabo de poco rato, se oyó en la calle el ruido sordo de una caída. Ahí frente a la puerta estaba la mujer del 903, con sus pantalones blancos y una venda adhesiva sobre la boca.

Era el 14 de enero de 1988.

María Elena Quiroga, a quien el padre llamaba Pitoca, tenía casi 60 años cuando se mató. No llegó a conocer mucho al cuentista, quien se quitó la vida en febrero de 1937 cuando ella tenía apenas ocho años de edad.

También se suicidaron en verano Eglé, en 1938, y Darío, en enero de 1952. Eran hijos del primer matrimonio del escritor con Ana María Cirés, que murió un día de febrero de 1915, según resulta de las investigaciones que realicé en Misiones últimamente.

Pitoca había nacido del segundo matrimonio con María Elena Bravo y tenía apenas ocho años cuando sus padres se separaron. La separación fue interrumpida fugaz y circunstancialmente durante los cinco meses de su hospitalización en Buenos Aires, en el Hospital de Clínicas donde se eliminó. La enfermedad, luego el suicidio, detuvieron los trámites de un divorcio que María Elena no quería "por el escándalo y no poca vanidad hacia mi nombre", según el escritor Asdrúbal Delgado.

El escritor no tuvo sobre la niña Pitoca la influencia que ejerció sobre sus dos primeros hijos. Contrariamente a aquéllos ella no vivió en simbiosis con él, ni le inspiró cuentos. Quiroga estaba convencido que "para el porvenir de una mujer o una criatura la existencia del marido o padre no es indispensable" pero era un apasionado de la educación.

"... La nena, entre muchas cosas mías, tiene una sensibilidad exagerada, que no proviene por cierto de la médula materna. Pero la educación de la madre la lleva por lados distintos. Si la nena despierta un día, allí estaré yo".

Estas reflexiones cobran, en retrospectiva, una dolorosa ironía. Quienes vieron a Pitoca en sus dos últimos años de vida, dicen que era "rara". Casi no se le conocían amigos.

Había estado casada con un realizador de cine venezolano y, al enviudar en 1986, se fue a vivir a un departamento bonaerense con María Elena, su madre "Como parece desvivirse por la nena le he dicho que se la cedo, bien que, mi hija a su lado, la perderé con seguridad", presiente el escritor cuando inicia el divorcio. Pero "no he tenido valor para privarla a mi mujer de su hija, su único gran amor".

La crisis matrimonial también fue deteriorando la relación entre padre e hija. "Me he quedado solo. María y 1a nena se fueron anteayer. La crisis, pues, produjo, pero no sin desgarramiento de una y otra parte pues 9 años de vida en común, de los 7 de amor, pesan mucho... La nena sufrió un cambio muy grande en su estadía última en ésa (Buenos Aires). De compañerita íntima mía, se convirtió en una criatura ingrata. Influencias varias en ésa. Convine con la madre en costear los gastos de mi hija, aquélla quiere ganarse la vida, y hace bien en pensar así", manifiesta en junio de 1936.

Es improbable que el alejamiento entre padre e hija fuera zanjado durante los últimos meses en vida.

Los retratos de la época muestran a la niña Pitoca como una hermosa criatura de pelo rubio y lacio. En ese entonces tenía mucho parecido con la madre, cuyos máximos atributos, se destacaba hasta fecha reciente, eran su belleza y su condición de viuda del célebre escritor.

Hace muchos años, en septiembre de 1936, Pitoca había sido protagonista de una anécdota que cuentan J. M Delgado y A. Quiroga, llegaba a Buenos Aires para ser hospitalizado. La hijita lo miraba temerosa, se le acercó y le dijo: ven a darme un beso. La pequeña se le aproximó entonces y, antes de besarlo, le clavó en el alma estas palabras, dolorosas para él como espinas: no quiero volver más a Misiones.

Sin embargo, en el hotel porteño donde se dio muerte, Pitoca se registró con domicilio en Misiones. Horas después, se arrojaba en plena noche de un noveno piso, con una venda adhesiva sobre la boca. Su muerte fue ocultada al conocimiento público, según afirma una amiga íntima de la madre, para resguardar la precaria salud de la viuda de Quiroga.

El hecho ocurrió mientras María Elena estaba internada en un hospital con una fractura de cadera.

Entre tantos misterios, queda una imagen abrumadora. Eran dos mujeres y tres hijos. Vagaron mucho después que los abandonara el timonel. Ninguno se salvó de la deriva, suicidante, salvo la que nunca nada había comprendido.

Los registros polvorientos

También era verano cuando sucedió la verdadera muerte de Ana María Cirés de Quiroga, la primera esposa del escritor. Ana María no murió en la fecha oficial de su fallecimiento.

Con la publicación en 1939, de Vida y Obra de Horacio Quiroga José María Delgado y Alberto Brignole dieron a conocer, por primera vez un relato de la muerte de Ana María Cirés y una fecha: 14 de diciembre de 1915.

Pero este dato, citado por los sucesivos biógrafos. No corresponde acta de defunción Ana María falleció el 10 de febrero de 1915. Once meses separan la muerte real de la fecha oficial.

Aparentemente por primera vez, y no precisamente con el objeto de buscar muertes, fui a desempolvar los gruesos registros que entraron en la leyenda.

Desde enero de 1912 hasta enero de 1917, los compiló Horacio Quiroga, por entonces juez de paz de San Ignacio y encargado del registro civil los libros están intactos- no falta ni una página. El impecable número burocrático

estampado en cada hoja contrastada con los gratos, mancha de tinta, las huellas de barro rojo, y la inconfundible firma del escritor al pie de cada escrito.

En el cementerio de San Ignacio está la tumba oscurecida por el panteón de muertos más pudientes. No lleva ninguna fecha. Dos trozos de velitas muy humildes fueron colocados al pie de la lápida vaya uno saber por quién.

De Ana María de Quiroga todo desapareció desde su rostro en 1as fotos que -según cuentan- Quiroga destruyó, hasta la fecha real de su muerte.

El 14 diciembre de 1915 transcurrió probablemente sin novedad para el encargado de los registros de San Ignacio: el juez de paz Horacio Quiroga.

Once meses atrás, el 11 de febrero de 1915, tampoco estuvo presente el jefe del registro cuando hubo que levantar actas de una muerte prolongada durante ocho días. Sin embargo, Horacio Quiroga tenía buenos motivos para disculparse ese día.

Lo reemplazó en la tarea Pedro Alvarenga, hombre práctico dedicado al comercio, quien tenía su edad y actuaba a veces de suplente.

En aquel inicio del año 1915, se había registrado tan sólo un muerto en San Ignacio. En foja primera a la vuelta, Pedro Alvarenga empezó a escribir con letras de molde que contrastaban con los habituales garabatos del juez de paz:

“Número dos. En San Ignacio a los once días del mes de Febrero de mil novecientos quince ante mí Jefe suplente del Registro: Ramón Gozalbo de treinta años, soltero uruguayo, domiciliado en la localidad, declaró que el diez del corriente a las once de la mañana falleció en su domicilio la mujer Ana María Cirés de Quiroga de...”

“Para el motivo deje usted un espacio en blanco”, quizás sugirió Pablo Allain con su extraño acento de suizo que se decía francés. Era veterano en San Ignacio, donde llegó en 1904, además gerente de “Martín y Co.” el mayor establecimiento yerbatero del lugar. Luego dirigiéndose hacia Vicente Gonzalbo tal vez dijo en tono pausado: “Para el certificado médico habrá que verlo con Quiroga”. “... según certificado médico. Tenía veinticinco años, era argentina casada, hija de Pablo Cirés (fallecido) y de Ana María Laguzan de Cirés, francesa, domiciliada en la localidad. Leída el acta la firmaron conmigo el declarante y los testigos Plablo Allain de cuarenta y dos años, casado francés y Vicente Gonzalbo de cuarenta años uruguayo domiciliados en la localidad y quienes han visto el cadáver”. El primero en firmar fue Ramón el hermano menor de Vicente. Siguieron Allain, Vicente y Pedro Alvarenga.

La explicación de la muerte de Ana María -“hemorragia intestinal”- Pedro la agregó con letra apretada, porque el espacio en blanco había quedado corto.

Eso fue más tarde, posiblemente a los dos meses, cuando Quiroga volvió a tomar los registros entre sus manos.

Para ese entonces, Ana María ya estaba enterrada en el cementerio chico de San Ignacio. Quiroga ya había mandado colocar la lápida de mármol donde se grabaron los nombres de su esposa con letras hondas y elegantes. Se omitió señalar todo dato que registrara su vida y la fecha de su muerte. Sobre la lápida muda, se empezó a tejer el secreto.

No faltan las coincidencias que concurrieron a resguardar el misterio. Quiroga fue en vida uno de los escritores más entrevistados. Tampoco fueron pocos sus destacados biógrafos, pero a nadie se le ocurrió ir a los registros.

Para aclarar el misterio de la fecha falsa, caben varias hipótesis: el desconocimiento, la equivocación o el ocultamiento.

El desconocimiento

Testigos oculares, los hermanos Gonzalbo no podían desconocer la fecha. Tampoco la ignoraban Pablo Allain, Carlos Giambaggi y la mayor parte de los habitantes del pueblo de San Ignacio.

Los cuatro amigos salteros naturalmente se conocían entre ellos y por supuesto frecuentaban a los Gonzalbo: todos procedían de la misma clase social y, como lo muestra la correspondencia de Quiroga todos solían intercambiarse noticias antes y después de los hechos. Es muy improbable que desconocieran las circunstancias del drama.

¿Por que necesitaron dar un dato preciso pero falso y fechar la muerte oficial de Ana María en diciembre de 1915, once meses después de los sucesos?

El único que desconoció con seguridad esa fecha fue Darío el hijo de Quiroga y Ana María. Así me lo ha asegurado su viuda.

La equivocación

Supongamos que los testigos (los hermanos Conzalbo, Glambaggi y muchos otros) y los amigos (Saldaña, Brignole, los hermanos Delgado) respetaron el hermetismo de Quiroga.

Supongamos que sea fortuito el hecho que la lápida de Ana María no indique ninguna fecha, ni de vida, ni de muerte. Resultaría pues que, sin querer, Delgado y Brignole se equivocaron de fecha.

Hay biógrafos víctimas del equívoco, otros más prudentes.

Entre los primeros y más conocidos tenemos: el estudioso y maestro de muchos, Emir Rodríguez Monegal, el novelista Pedro Orgambide, los críticos Oscar Masotta y Jorge Lafforgue sobre cuya cronología se basa el imprescindible libro de Noé Jitrik. Entre los que se cuidaron en ofrecer detalles y fechas se destacan Enrique Amorim y Ezequiel Martínez Estrada, “hermano” elegido y confidente de Quiroga

En “El Quiroga que yo conocí”, Amorim cuenta cómo, en 1925 en la biblioteca del cuentista, encontró por casualidad —y leyó por equivocación— una extensa crónica de la muerte de Ana María, dirigida a manera de “testamento terriblemente doloroso” al hijo Darío. Ese manuscrito nunca se volvió a encontrar, señala Emir Rodríguez Monegal antes de comentar brevemente: “Otra leyenda, no menos inverificable, quiere que la muerte de Ana María no sea realmente un suicidio”.

Sin detenerse en el contenido del manuscrito, Amorim dice parcamente: “Descansar es el destino de esas treinta cuartillas”.

La amistad fue privilegio de Ezequiel Martínez Estrada, el depositario de la memoria de Quiroga, el testigo más íntimo de su personalidad compleja, el que Quiroga calificó de “AMIGO, supremo hallazgo de toda una eterna vida”. El tampoco dejó traslucir lo que sabía.

El ocultamiento

Nada permite dar por certero el ocultamiento, menos aún desconociendo las circunstancias exactas y los motivos de la muerte. Según el acta de defunción, Ana María murió de “hemorragia intestinal”. Esta explicación fue agregada después que Alvarenga redactara el escrito, así como agregó con su característica letra de molde, la frase final que cierra el acta: “siendo la fallecida esposa de Don Horacio Quiroga”.

Con todo, quedan muchas preguntas y un vacío significativo. Entre el 16 de febrero de 1913 y el 29 de marzo de 1917 las cartas que Quiroga escribió se esfuman casi completamente. Se interrumpe abruptamente su correspondencia con los viejos amigos de siempre: José María Fernández Saldaña, Asdrúbal Delgado, Alberto Brignole y José María Delgado. Las que llevan esas fechas, ahora publicadas, tiene sabor a diálogo interrumpido. El más cercano a Quiroga en esos tiempos era José María Delgado. Falleció en 1956 y se llevó sus secretos.

Analogías y Mito

A medida que aparecen más nítidos los detalles de estas dos historias verídicas, llama la atención su parecido con las construcciones literarias de Anaconda, la obra magistral de Quiroga.

Aquí también los personajes -engrandecidos con el pasar del tiempo- se presentan entreverados en sucesivos episodios: en una historia son los protagonistas principales, en otra pasan al segundo plano. Pareciera que fueran, a pesar suyo, personajes legendarios, que su destino individual siguiera por caminos trazados de antemano, prolongando a destiempo la tragedia del creador del mito.

En lo que atañe a Quiroga, cabe preguntarse hasta dónde actúa la fuerza del mito y donde empiezan las analogías que le dan continuidad y vida. No tengo respuesta Y tampoco se puede fácilmente explicar por qué tantos misterios nunca fueron revelados.

Tal vez lo único es recordar que a menudo la realidad se vuelve más intensa que la novela. Ezequiel Martínez Estrada expresó: "La desdicha familiar que lo adhirió a mí tan estrechamente, es de carácter sagrado y no puede ser tratada con el alma impura. Es un capítulo de novela, sin duda, pero ¿cómo desligar en Quiroga la ficción de la realidad, la novela de la biografía? Es todo cuanto tengo que decir".

